

# LA COMUNICACIÓN HOLÍSTICA EN TIEMPOS DEL CORONAVIRUS

## HOLISTIC COMMUNICATION AS A METHOD OF LIFE

Jorge Tulio Llamas Álvarez  
jorgetuliollamas@yahoo.com

*“Podemos decir, para terminar, que los separados ya no tenían aquel curioso privilegio que al principio los preservaba. Habían perdido el egoísmo del amor y el beneficio que conforta. Ahora, al menos, la situación estaba clara: la plaga alcanzaba a todo el mundo. La peste.” Albert Camus.*

### RESUMEN

Debemos reorganizar el tipo de humano que queremos, de esta forma replantear el capitalismo salvaje que nos abruma y que sigue su cauce y nadie dice; ¡Pare, que nos queremos bajar!

Además es imperioso reintroducir el concepto de comunicación holística en nuestra cotidianidad y ver que en ella hay una propuesta interesante para replantear la comunicación unidimensional, que solo se enfoca en el interés, en el paradigma de la competencia y no en lo competente, en los cálculos de saber cuánto es dos más dos, pero no interesarse por saber, sobre lo bueno y lo malo.

Mirar con sospecha y cautela todo absolutismo y relativismo, en donde nos motivan para que idolatremos a unos y a otros. Donde todo vale, nada tiene sentido.

El llamado urgente de develar los nuevos pliegues del estado es imperioso y necesario; no olvidemos que todos corrieron a refugiarse en él. Esto nos obliga mirarnos por dentro y hacernos la pregunta ¿Están los estados modernos en la capacidad de soportar otra crisis como la pandemia que nos abocó? ¿Pueden responder a las nuevas transformaciones de otras mutaciones, no solo de virus, sino de modas, estilos de vida y exigencias sociales?

Puede la sociedad soportar otro aislamiento, distanciamiento y lavados de manos, este último sí que es recurrente en esta sociedad, ¿cuántos Pilatos nos acompañaron en esta pandemia?

### ABSTRACT

We must reorganize the type of human being we want, thus rethinking the savage capitalism that overwhelms us and that continues its course and nobody says; Stop, we want to get off!

It is also imperative to reintroduce the concept of holistic communication in our daily life and see that in it there is an interesting proposal to rethink the one-dimensional communication, which only focuses on interest, on the paradigm of competition and not on the competent, in the calculations of knowing how much is two plus two, but not interested in knowing, about the good and the bad.

To look with suspicion and caution at all absolutism and relativism, where we are motivated to idolize one or the other. Where anything goes, nothing makes sense.

The urgent call to unveil the new folds of the State is imperative and necessary; let us not forget that everyone ran to take refuge in it. This forces us to look inward and ask ourselves the question: Are modern states capable of resisting another crisis like the pandemic that engulfed us? Can they respond to the new transformations of other mutations, not only of viruses, but also of fashions, lifestyles and social demands?

Can society withstand another isolation, distancing and hand washing, the latter recurrent in this society, how many Pilates accompanied us in this pandemic?

### PALABRAS CLAVE

Holística	Reflexivos
Método	Paradigma
Tiempos	Sagrado
Limite biológico	Fatalidad
Pandemia	Inestabilidad
Unidimensional	

### KEYWORDS

Holistic	Reflective
Method	Paradigm
Times	Sacred
Biological limit	Fatality
Pandemic	Instability
Unidimensional	

En tiempos de pandemia y cuando el mundo sufrió un cataclismo en todas las dimensiones de la vida humana, las preguntas pertinentes que asaltan este trasegar que tuvimos de la comunicación holística serían: ¿Estábamos habituados a una vida llena de rutina y condensada en una programación casi sistemática? ¿Nuestros días eran vistos en el calendario como una fecha más de la que teníamos que afrontar con las mismas actitudes lacónicas en un manual mental que se repetía, sin ton, ni son?

A la verdadera vida, no le dábamos importancia, esta pasaba desapercibida, mientras como ráfagas de viento se refundía en los partidos de fútbol de los domingos, en las películas, en las series de Netflix, que cada vez más nos hace estar frente a la pantalla del televisor, esperando el fin de la serie, que como magia se aleja cada vez más en una



estrategia es simple, pero eficaz, consiste en mantener en sonámbula “repetición repetitiva” a los espectadores que como moscas se pegan a la tira de dulce, aunque sepan que de ahí nunca saldrán vivos.

La pandemia nos hizo acordar que éramos mortales a través del aniquilamiento del ego del cientificismo, que nuestro sistema inmune no era otra cosa que inmunidad a la vida y la falta de reconocimiento que existían otros,

y que todos Jorge Tulio Llamas Álvarez La Comunicación Holística como Método de Vida 270 271 debíamos ser responsables de todos. Ese “a mí no me importa”, se convirtió, en una “preocupación preocupante”. Ya que si el otro no tenía agua, me podía perjudicar. ¡Por favor! Que el otro tenga agua, que el otro se cuide, que el otro sea responsable, que el otro no se vaya a filtrar en mi comunidad, si no está debidamente “purificado” por el agua, el alcohol y el jabón.

Empezó así, la era del otro, alguien decía

con jocosa pertinencia, “el coronavirus es comunista, nos tiene a todos viviendo en comunidad”.

Entonces, llegó la era de la comunicación holística, es decir, la comunicación con todos, en una especie de “pancomunicación”, donde todo empieza a ser comunicación, nos dimos cuenta que habíamos perdido la comunicación kinestésica, los abrazos, los besos, las caricias y por más que las redes sociales nos ayudaban a vernos, hacía falta el calor de un abrazo sincero,

el beso que toca y palpa, que despierta emociones, que hace latir el corazón.

Entonces, todo mutó, no sólo la cepa del coronavirus, -anteriormente este virus coexistía con nosotros-, sino que ahora esta nueva cepa se impuso con macabra intención, obligándonos a abandonarnos, a entender nuestra orfandad de cómo la vida nos hizo humillarnos y ponernos en obligada solidaridad y cooperación.

Los noticieros aprovecharon el dolor humano y abrieron el campo de la estrategia de especular con la muerte y el miedo de sus seguidores, extendieron sus horarios, porque da más dinero la guerra, el dolor y el pánico colectivo, que hablar de la vida bella.

Los “artistas” se dejaron ver en sus lujosos apartamentos y casas, -algunos en yates suntuosos-, en espacios de lujos insultantes y ostentosa decoración, para hablarle a sus seguidores de los solidarios deseos que ellos tenían con su gente, pero esas “nobles” pretensiones se desvanecían en la bruma de los acontecimientos y facilitaban una vez más hacer evidente la máxima, que es fácil hablar de hambre cuando uno tiene la nevera llena y la cuenta bancaria en altos índices de superávit, y con paradoja consideración, se olvidaron que no era momento de reconstruirnos como clases sociales, sino como especie humana. Nunca antes



se hacían estos shows, en momentos de efervescencia y calor aparecieron las dádivas, olvidando que la pobreza existe desde hace mucho tiempo en el país y que son millones de personas que mueren más por hambre que por el covid 19.

Entonces, con esta pandemia, el concepto de héroe también mutó, aparecieron otros héroes, ya no los de los grandes escenarios y pomposas escenografías, de lejanas identificaciones, de esos atuendos estrambóticos, a los cuales los “diseñadores” de moda le dicen que están in por su fama y que donde alguien humilde, o se ponerse una pinta de esas en fiesta de domingo, lo torturan y lo masaca la crítica del barrio, pero hay que idolatrar al “héroe” del momento, a él sí, todo lo estrambótico le “queda muy bien”.

Aparecieron otros héroes, aquellos que opacados y escondidos por la propaganda, la sociedad del consumismo y la civilización del espectáculo, los que hábilmente habían sido eclipsados por el paradigma del placer grosero; estos eran: los médicos,

profesionales que después de estudiar siete años o más, -si son especialistas-, no ganan los salarios escandalosos de las denominadas “estrellas”; futbolistas, cantantes, youtuber, influencer, que probablemente no sepan escribir dos líneas de ideas coherentemente, estos personajes ya no eran tan necesarios, porque en la crisis tan fuerte que se vivía, lo urgente, eran buenos médicos, enfermeras, camilleros, educadores, etc. Seres verdaderamente comprometidos, algunos trabajando detrás de sus computadoras, como los maestros, otros en el furor de la calle, como los camioneros que transportaban los alimentos y todos los otros que aumentarían el mundo de la verdadera necesidad y no lo aparatoso e innecesario a lo que estábamos



acostumbrados a estar viviendo, algo así como un insolente aprecio por lo burdamente material.

Se cambió la comunicación unidimensional que pretendía ser de una sola duración, por la holística, la que incluye a los desfavorecidos, la que ya no habla de llenarnos de cosas, sino de vida, la que nos dice que no son las cosas las que alegran el corazón, sino es el corazón el que alegra las cosas.

Se cambió el paradigma de sociedad que nos invita a reinventarnos para que no desaparezcamos, no solo como pueblo, sino humanidad misma. Se demostró que el mundo está en constante inestabilidad, que es peligroso



y premonitorio de ahora en adelante repetir la frase del arquitecto del Titanic: “esto ni Dios lo hundió”, y vaya que sí se hundió, el barco de acero se fue a lo más profundo del mar.

Entonces, vale la pena hacernos la pregunta de Pepe Mujica, el expresidente de Uruguay, cuando dijo: “¿los humanos estamos llegando al límite biológico de nuestra capacidad política”? Y ver qué podemos hacer para que en estas pandemias, -que pueden volverse a repetir y pueden también ser muchas-, perdonen si alguien se asustó-. ¿Qué hemos aprendido de esto? ¿Qué tipo de personas

somos ahora, después de la pandemia? ¿Estamos generando una nueva forma de relacionarnos, o simplemente una



conectividad fría, aburrida, idiota y espantosamente fingida? O excesivamente desencuentros entre las redes sociales, que aunque útiles, los quieren normalizar, dizque porque ya es hora de entender que ya no somos de cuerpo y de abrazos, sino de pantallas que solo muestra la mueca de los vendedores de cansancio tecnológico. Entonces, la ciencia se convirtió en otra religión, daba respuestas a todo, menos de cómo acabar con el virus. “La ciencia nos enseña cómo funciona el cielo, pero no nos enseña cómo se llega al cielo” Galileo Galilei. Creímos solucionarlo todo para que se abriera un nuevo escenario que facilitara la aparición de otra mutación de cualquier virus que ingenuamente creímos haber desterrado. Entonces, de repente las relaciones humanas se volvieron importantes, surgió la imperiosa necesidad de encontrarse con los seres queridos, ellos emergieron del baúl del olvido, los teníamos tan cerca que los mirábamos de lejos. Se empezó a extrañar sus besos, caricias y el palpitar de sus corazones. Se comenzó a estrechar lazos de amor con los hijos y hasta la esposa, que de tanto

verla y servir al hogar con carismático empeño se vio como una persona simpática y hasta bella persona. En fin, la cooperación solidaria tomó partido y empezó a hacer goles poEntonces, el encierro nos volvió reflexivos. El tiempo y el espacio se empezaron a estirar como un chicle, horas y horas caminando el mismo lugar, hicieron que las personas se volvieran rápidas, incluso sin cambiar de lugar.

Entonces, comenzó el show de las estrellas, perdón, de las redes sociales, -bueno casi es lo mismo-, empeorando las situaciones y otras veces como catalizadoras de la soledad. Se disparó el consumo del internet, y las empresas de telefonía hicieron su diciembre. Los chistes flojos y tendenciosos afloraron y las malas intenciones de algunos mostraban la parte más oscura de la oscuridad, nos refugiamos en los recuerdos más lejanos del ayer y la mente cargada de imágenes abrió un espacio negado muchas veces por la rapidez del instante en que vivíamos.

Aparecieron los vendedores de mensajes de vida, algunos esperanzadores y otros invocando el apocalipsis y la redención de pecados, otros anunciando que ya estábamos aplanando la curva y otros le contestaban, pero la de la nalga, no se preocupen si el virus lo toma en un bus, eso es pasajero. Y así entre

chiste y chiste, lo que se pretendía era burlarse del virus para no caer en sus garras, algo así como una catarsis para espantar el miedo que se aglomeraba en la mente como un haz de luces y que cuando ya el olvido de la rutina hacía su trabajo irrumpía la voz gelatinosa y postiza de la presentadora del noticiero acordándonos que probablemente el próximo muerto iba a ser uno. La solución sería apagar el televisor, pero como buenos masoquistas, se veía una y otra vez, de pronto no por masoquista, sino para escuchar alguna esperanza de vida que podría otorgar la ciencia. Pero la nueva religión del momento, seguía muda, agazapada en su intricado laberinto de su lenguaje hermético y estúpidamente proclamado como el salvador del mundo. Todavía nada, nada de nada.

Entonces, se quedaron las calles vacías y los ruidos de los carros, fueron cosas del olvido, estaban guardados en sus parqueaderos, los BMW, Mercedes y los otros, menos costosos, daba igual, quedaron en un cementerio de columnas, velados por el silencio del polvo que los cubría con un manto revanchista que decía: que viva el medio ambiente, nadie contestaba, la hilera de máquinas mudas estaban alegres por descansar de rugir.

Las goticas de mocos paralizaron la industria y el medio ambiente respiró, ya casi llega a ser un ambiente. Se reafirmó la máxima de Gonzalo Arango: “el amor es lo que mueve el mundo, lo



que lo paraliza es el petróleo.” Entonces, la pandemia nos obligó a cambiar el paradigma de la bolsa de valores, ya que el mundo económico quedó horrorizado por las inmensas fluctuaciones de su aparente estabilidad. El mundo liberal se encogió y se asustó al ver cómo las economías más poderosas del mundo se derrumbaban y se consumían como plástico derretido. ¡Se agotaron los fondos! Gritan los dueños de los bancos a todo pulmón, horrorizados porque sus imperios económicos se derrumban como castillo de naipes, ¡que el Estado nos preste dinero a largo plazo y con tasas muy bajas! Pidiendo lo que ellos nunca hacen a sus ahorradores. Muy pronto se recuperaran con el dinero que el Estado les otorgue, a costa de que éste como dador de dádivas a los ricos, se endeude con otros estados más ricos, al fin y al cabo, la plata sale y vuelve al mismo bolsillo, pero al contrario, el bolsillo del pueblo estará siempre vacío, solo con un hueco que sirve para que este se distraiga jugando tristemente con sus bolas.

En lo que sí hubo equidad, fue en el contagio, pobres y ricos se asustaban de la misma manera, pero los ricos más al ver sus dividendos retroceder una milésima. Vale la pena recordar que tenemos que reinventar la economía, volverla al servicio del cuidado, del desarrollo sostenible, en fin, al servicio de todos. Entonces, el mundo globalizado, se globalizó y se glocalizó, es decir, se hizo universalmente localizable, -eso logró la pandemia, saber dónde estaba “el buscado”-, y mucho más por la tiranía decretada por

el coronavirus, debido a que su contagio se tornó universal, pero irónicamente se cerraron las fronteras, la globalización colapsó con la personificación estatal, el efecto se volvió paradójico, mientras que la comunidad europea abría puertas a todos los ciudadanos que son socios, ahora tocaba cerrar fronteras, hasta ahí somos amigos, la frase de Winston Churchill se hizo viral, “No hay países amigos, todo lo que nos une son solo intereses”.

La bancarrota persiguió más a la clase media y baja. Esta última, perdió su impulso y su esperanza definitiva de poder escalar socialmente. La primera, pide auxilio para poder sobrevivir entre pirañas, deudas, desempleo y un futuro incierto. Los pobres se volvieron más pobres y los ricos se volverán, dentro de muy poco, más ricos.

Entonces, la cultura perdió su público, o mejor, el poco público que la seguía, porque la cultura del espectáculo se estancó, pero se va a volver a levantar, eso es fácil, a la gente no le importa pagar por ver lo estridente, la cultura light, se recuperará porque tiene miles de seguidores light, la otra cultura la que “implica una suma de factores y disciplinas que, según amplio consenso social, la constituirían y ella implicaba: la reivindicación de un patrimonio de ideas, valores y obras de arte, de unos conocimientos históricos, religiosos, filosóficos y científicos en constante evolución, el fomento de exploración de nuevas formas artísticas y literarias y de investigación en todos los campos del saber”. Mario Vargas Llosa. La civilización del espectáculo. Pág., 65.

Esa cultura quedará coja, arrinconada en el silencio cómplice del estado, porque no habrá dinero para activarla. Son ellas, las manifestaciones artísticas como las sinfónicas, los grupos de teatro, los artistas, pintores y músicos que no responden al requerimiento del público light.

Entonces, se empezó a rescatar lo sagrado. La sensibilidad brotaba a flor de piel, los sacrificios de abstinencia de la manía de poseer cosas, se dejaron un poco atrás. Y después reventó como un Tsunami, solo fue que barajan el malvado IVA y salieron “como ratas” detrás de televisores, neveras, celulares, la plata parece que estaba escondida en el colchón de la ruina, esperando una oportunidad para demostrar que “la pobreza puede ser pobre” a escondidas, pero nunca



desaprovecha la oportunidad de ser “rica”, aunque sea por un día.

La amenaza que causaba el estrés de tener, se vio apaciguada por el fuego de la oración y la reflexión. Se empezó a entender que doblar las rodillas, no era una humillación, sino acabar con la soberbia de convencerse de que todas las cosas no son hechas por uno, sino que la vida es compleja y llena de misterios, que es muy vergonzoso y atrevido creerse



poseedor de las últimas respuestas. Se rescató el asombro por la vida, por lo bendito de ella y por la pasión que despierta el no dejarse morir antes de tiempo.

Entonces, la cultura retro apareció como por encanto, volvimos a repensar el pasado, a retomar costumbres olvidadas y sueños quebrantados por la rapidez en que nos había condenado la vida, volvimos a sentarnos en la sala y descubrimos que era un espacio, no solo para recibir visitas, sino para compartir en familia. Sacamos las fotos de antaño, los álbumes nos sirvieron para retomar las imágenes del pasado, los viejos pantalones bota campana, los peinados de onda y de caída hasta la mitad de la cara y las fotos en esos lugares que nos remontaron a esos espacios sagrados.

Entonces, las productoras de televisión, volvieron a retransmitir las viejas novelas que emocionaron a nuestras madres con las tramas del final feliz y el inconsciente de que para poder ser feliz hay que tener un poco de cenicienta, mucho de masoquista y demasiado de pícaro. También se reencaucharon los

partidos gloriosos de nuestra selección Colombia, las jugadas intrépidas de James y Falcao, nos trajeron de nuevo al pasado glorioso y vimos los partidos con el inocente supuesto que no sabíamos que habíamos ganado; lo importante era escuchar al narrador hinchado de emoción, volver a cantar los goles y hacernos recobrar, si Falcao le hubiera pegado, yo recuerdo que en ese preciso momento estábamos en, ¿en dónde estuvimos viendo ese partido? y así sucesivamente, saltó el recuerdo que ayudó a disipar un poco el olvido, que tarde o temprano seremos.

Entonces, los ritos de la intimidad familiar volvieron a tomar vigencia. Apareció el reconocimiento de los padres y madres, nos acordamos que teníamos abuelos y una sensibilidad refinada por la vida retomó los espacios de nuestra mente. Se privilegió todo lo que fuera un desafío por mantener una sana existencia, la mente buscó la distracción, los juegos de carta y los parques se despolvaron, o se compraron con ansioso entusiasmo, para inflamar de distracción sana la mente alicaída y

melancólica, deseosa de tener formas creativas de robarle tiempo al encierro.

Entonces, el sueño del aburrimiento se despertaba de pronto con un flash de ruidosas y a veces entonadas trompetas de mariachis que invadían la calle, rompiendo la monotonía del perturbador silencio en que nos había encarcelado la pandemia. Los jóvenes cantaban provocando un nudo en la garganta. Sus canciones nos recordaban el ritual que siempre evocan los mariachis; la alegría de la reminiscencia de un cumpleaños se prolongaba y sublimaba la noche familiar, en donde no éramos sujetos pasivos, sino alegres acompañantes del cantante del grupo y a veces sentirnos como una especie de artistas frustrados y desacralizadores de las voces de Vicente Fernández, Javier Solís y otros cuantos.

Desde la comodidad del lecho de la cama, podíamos acompañarlos, desde las ventanas, con un nudo en el pescuezo, pero esto no era óbice para sentirnos que ese espacio privilegiado y teatralizado de una serenata de mariachis de ayer se presentara ahora en

una calle del barrio, sin privilegio solo para unos cuantos, ahora el sentimiento y la pasión se extendía a todo aquel que a través del velo que cubre las ventanas y con una vieja pijama y unas medias con roto en el dedo gordo del pie, podía disfrutar de una ruptura de la pesadez de la cotidianidad de siempre. Ese ejercicio permitió mostrar nuestro sentimiento de solidaridad, sin miedo, ni temblor en las manos, buscamos, ya no monedas, sino billetes y envueltos en papel, los lanzábamos por la ventana y el joven cantante con ágil malabarismo, estiraba su sombrero y hacía anidar en él los afectos de buena voluntad de los adormilados y sorprendidos habitantes del sector.

Entonces, el coronavirus, nos hizo descubrir nuestra intimidad y enseñarla a los demás. Cuando sus efectos estaban escondidos nos mostrábamos



fuertes y con una convicción de que, esto a mí no me toca, pero las cifras de muertos derrumbaba la esperanza, y nos llenaba de miedo. Ahí, en ese momento, desnudamos nuestra intimidad, el miedo afloró y nos privó de tranquilidad. Nos “rebajamos” a lo que somos: animales de instintos, retrocedimos hasta llegar al centro de nosotros mismos, y nos exhibimos en lo que verdaderamente éramos, seres entronizados por la realidad y asustados por ella. Afortunadamente apareció el tapabocas, para que no siguiéramos hablando y que no nos vieran nuestro rostro de pánico en su totalidad, aunque los ojos nos delataban y nos dejaban en evidencia.

Entonces, nos dimos cuenta que el mundo entró en una etapa fatal de inestabilidad perpetua, que somos seres con límites biológicos muy marcados y que por más que nuestra inteligencia pretenda subsanarlo, la realidad de la muerte está ahí, parada en el lugar que menos lo imaginábamos, y que nuestro sistema inmunológico está cada vez más cansado de tanta variedad de avatares que tiene que enfrentar, por eso mismo, unos se refugiaron en el pesimismo y otros más idiotas, como yo, nos refugiamos en el optimismo, creyendo siempre que para ser más humano, es necesario esa dosis esperanzadora para no morir antes de tiempo.

Entonces, nuestro cuerpo nos hizo salir de ser habitantes del mundo a ser hábitat del mundo, eso que el filósofo Virilio llama un cuerpo contraído porque en él está ya todo, somos como una caja de resonancia, ya no tenemos

que viajar, ya no solo somos habitantes, somos hábitat, somos un yo portátil, “el mecanismo es el mismo; simplemente, en vez de equipar el cuerpo del mundo, se equipa el cuerpo del individuo” Virilio. Amanece Crepuscular.

De ahí que se jugó con el cuerpo, la noticia es el cuerpo, el cuerpo es el protagonista, hacía él va dirigida la enfermedad, a él hay que atrapar y confinar. Se destapa lo íntimo y a quien este contagiado hay que alejarlo, confinarlo, ¡cruel pero necesario! La libertad empieza a tener sentido, los festivos empiezan a tener sentido, el otro empieza a tener sentido. Por humildad, para entender que tengo responsabilidad, por solidaridad, no sea que tenga un familiar enfermo y yo sea culpable de su muerte y también por cooperación para que mi comunidad pueda sobrevivir a estos sucesos. En fin, en esta oportunidad que nos brindó la pandemia se derrumbó la premisa de que siempre son los otros los que mueren, aquí, uno sabía que la muerte era también una amenaza inminente para mí.

Todo esto nos obligó a negociar en medio de la disrupción que nos asaltó la mansa cotidianidad a la que estábamos habituados.

¿Qué sigue? ¿Qué nos deparará el porvenir?

- Debemos reorganizar el tipo de humano que queremos.
- Replantear el capitalismo salvaje que nos abrumba y que sigue su cauce y nadie dice; ¡Pare, que nos queremos bajar!
- Reintroducir el concepto de comunicación holística en nuestra cotidianidad y ver que en ella hay una

propuesta interesante para replantear la comunicación unidimensional, que solo se enfoca en el interés, en el paradigma de la competencia y no en lo competente, en los cálculos de saber cuánto es dos más dos, pero no interesarse por saber, sobre lo bueno y lo malo.

- Mirar con sospecha y cautela todo absolutismo y relativismo, en donde nos motivan para que idolatremos a unos y a otros. Donde todo vale, nada tiene sentido.

- Analizar los nuevos pliegues del estado; no olvidemos que todos corrieron a refugiarse en él. ¿Están los estados modernos en la capacidad de soportar otra crisis? ¿Pueden responder a las nuevas transformaciones de otras mutaciones, no solo de virus, sino de modas, estilos de vida y exigencias sociales?

- Puede la sociedad soportar otro aislamiento, distanciamiento y lavados de manos, este último sí que es recurrente en esta sociedad, ¿cuántos Pilatos nos acompañaron en esta pandemia?

- ¿Somos los mismos después de esta pandemia? Si esto es así, hemos llegado a la peor aberración. Si todo cambia para que nada cambie, perdimos la oportunidad de ser mejores seres humanos.

- ¿Qué cambios fundamentales en tu vida ocurrieron? y ¿Qué tipo de persona vas hacer después de estos meses o años de pandemia?

- ¿Cuál va a ser el papel de las redes sociales y la misma tecnología en esta era pospandemia? ¿Medio o fin?

- ¿Qué rol va a empezar a ejercer la telepresencia en la vida de las personas,

ahora que la imagen tiende a reemplazar la kinestésica presencial?

- Recordar siempre lo que dijo mi amigo Sócrates. “Es preferible padecer una injusticia que provocarla”.

- Llegar a enfrentar, sin escamotear con evasivas y miedos estos tiempos de incertidumbre con valentía, con pundonor que al decir de Edgar Morin. “Hay que comprender que toda decisión es una apuesta, lo que en lugar de dar una certeza ilusoria lleva a la vigilancia.

Hay que aprender a navegar en un océano de incertidumbre a través de archipiélagos de certeza.

Habría que enseñar principios de estrategias, que permitan enfrentar los riesgos, lo inesperado y lo incierto, y modificar su desarrollo en virtud de informaciones adquiridas en el camino. La incertidumbre no se elimina: se negocia con ella”. Enseñar a vivir. Manifiesto para cambiar la educación. Editorial Nueva visión.

Valorar esta reflexión de Morin, es relevante si la vemos como una advertencia, -por supuesto no fatídica-, ¿Qué es lo que está sucediendo? Ella convoca a entender que las cosas ya no son como antes, y nos instiga a salir del círculo vicioso, de ver la realidad estática, para entender el círculo virtuoso de los archipiélagos, de certezas momentáneas que aparecen como alternativas para enfrentar las otras pandemias que ya se asoman en los rincones de los lugares nunca visitados por la debilidad de la memoria estéril por la que fuimos confinados a más de cien años de soledad.

Quisiera terminar esta reflexión sobre la

comunicación holística y el coronavirus con un poema de la historia de Iza, de Grace Ramsay. Cabe anotar que este poema se escribió en 1865. “En la época que se escribió este poema en Irlanda había epidemias de fiebre tifoidea, cólera y disentería. Hoy, Marina nos envió esta poesía rescatada por Vero Lozano, que se escribió y se reactualiza con la pandemia que hoy vive el mundo entero”. Tomado de Infolobos.

*"Y la gente se quedaba en casa Y leía libros y escuchaba Y descansó e hizo ejercicios E hizo arte y jugó.*

*Y aprendió nuevas formas de ser.*

*Y se detuvo. Y escuchó más*

*profundamente.*

*Alguien meditó.*

*Alguien rezó.*

*Alguien estaba bailando. Alguien se encontró con su sombra.*

*Y la gente comenzó a pensar diferente.*

*Y la gente sanó.*

*Y hubo ausencia de personas que vivían en una peligrosa ignorancia Sin sentido, sin corazón, Incluso la tierra comenzó a sanar.*

*Y cuando el peligro terminó.*

*Y las personas se encontraron Lloraron por los muertos.*

*Y tomaron nuevas decisiones.*

*Y soñaron con nuevas visiones.*

*Y crearon nuevas formas de vida.*

*Y curaron completamente la tierra.*

*Justo cuando fueron sanados."*

*En fin, "se creían libres y nadie será libre mientras haya plagas" Albert Camus. La*

*Peste*